

*alaíde foppa*

## **hijas-madres-hijas- madres-hijas**

A mi generación —la que tiene hijos de treinta años y suele tener aún padres— le tocó eso que llaman un período de transición. A las hijas se nos pedía sometimiento absoluto en la vida cotidiana, aunque se nos dejara bastante libertad para las grandes decisiones (estudios, matrimonio, eventualmente trabajo), lo que generaba absurdas contradicciones: podíamos ir a la universidad, pero no regresar a casa después de las ocho de la noche. Y en una niña, la máxima virtud era todavía la obediencia. Yo recuerdo haberle preguntado alguna vez a mi padre el porqué de una prohibición, de un reproche, de una norma, y haber tenido como respuesta un “porque sí”, equivalente a “porque yo así quiero, o así pienso”. En las madres el rigor estaba matizado por cierta timidez derivada del acatamiento a la voluntad paterna: “Tú papá no quiere”, “Pregúntaselo a tu papá”, “No sé qué va a decir tu papá” . . .

Nuestros padres y nuestras madres nos trataron como los habían tratado a ellos o con poca diferencia, muy seguros de su conducta, sin preguntarse siquiera si aplicaban el mejor sistema. En las mujeres de mi generación, en cambio, tales actitudes suscitaban rebeldías profundas, largamente soterradas y, quisimos ser con nuestros hijos muy diferentes de como ellos habían sido con nosotros. Pero no sabíamos muy bien cómo hacerlo,

aunque leíamos libros de psicología, de pedagogía, y muchas nos acercamos angustiadas al psicoanálisis. La verdad es que heredamos una buena dosis de autoritarismo y de timidez; y nos desconcertaron y nos lastimaron los hijos inconformes, cuando creíamos que les estábamos brindando todo lo que nosotros no tuvimos: libertad (todavía condicional), solidaridad (sin mucha comprensión), respeto (más bien forzado). Pero esa semi-libertad y semi-comprensión y semi-respeto bastaron para que nuestros hijos nos hicieran sin temor alguno los reproches y las censuras que nosotros no logramos —o sólo en algún momento de crisis— manifestar a nuestros padres. Alguien dijo que la mitad de la vida se la echan a perder a uno los padres, y la otra, se la echan a perder los hijos. . . ¿No es posible romper la cadena?

Me veo como una niña temerosa ante una madre a quien no lograba nunca complacer, con un enorme deseo de ser querida, aceptada, no regañada. Me veo como una madre temerosa ante unas niñas a las que no lograba tampoco complacer, con un enorme deseo de no equivocarme y con el mismo deseo de ser querida, aceptada, no censurada; pero un poco resentida también, y celosa de ellas por no haber tenido yo una madre tan comprensiva y tan amorosa como la que ellas no sabían apreciar.



*Dibujo de Fanny Rabell*

¿Se deja en algún momento de ser hija? ¿Se deja en algún momento de ser madre? Dentro de los cánones que aún nos rigen,

los varones dejan muy pronto de ser hijos; las hijas, no. Y los hombres dejan también fácilmente de ser padres, mientras que las mujeres casi nunca dejamos de ser madres. Se da entonces el caso de que somos hijas y madres y abuelas —todo al mismo tiempo— acumulando deberes y pesares no compartidos.

Esta situación injusta no la aceptan fácilmente, o no siempre la aceptan, las mujeres. De alguna manera suelen vengarse; pero no se vengan contra sus madres, sino contra sus propias hijas. Es una venganza muy sutil, disfrazada a veces de abnegación, de sentido del deber, de sacrificio. Es una manera de ocultar la envidia, con normas de moral y de conveniencia social, ante una adolescencia que brota impetuosa; es una manera de inspirar lástima, señalando la triste situación en que ella, la madre, está viviendo; es una manera de presentar la educación que ella recibió y la propia conducta ante sus padres, no con censura, sino como ejemplo digno de ser imitado. Las venganzas se ejercen más respecto a las hijas que contra los hijos porque las costumbres y el condicionamiento social así lo determinan; y sobre todo cuando las niñas empiezan a no ser ya niñas. Con los niños pequeños el resentimiento es menos diferenciado; pero también menos explícito y menos agudo: el "adversario" está totalmente desarmado (sólo agrede con su presencia) y tampoco existe el recuerdo de cómo nos trataron al inicio de nuestra vida. Además, la madre se siente todavía *dueña* del bebé; de ahí que lo acepte más fácilmente.

Entre las mujeres del pueblo el mal trato a los niños de parte de las madres es más evidente, empieza más pronto y es en algunos casos impresionante: golpes, gritos, insultos, empujones. Son mujeres muy golpeadas ellas mismas —en sentido figurado y con frecuencia en sentido real— que descargan su acumulado y confuso rencor sobre el más débil, y particularmente sobre la más débil. No porque la niña sea intrínsecamente más débil que el varón, sino porque la misma madre le trasmite la posición de inferioridad que ella tuvo y que no ha dejado de tener.

Sí, es difícil romper la cadena. Ello exige, en todo caso, un grado de conciencia, generosidad y autocrítica no frecuente; o que se adquiere demasiado tarde. Podría sugerirse, entonces, que las abuelas eduquen a sus nietas. . . Pero lo probable es que las abuelas, que todavía son las hijas obedientes de aquellas madres sufridas, exigentes e insatisfechas, estén también cansadas de ser madres y ni siquiera acepten demasiado ser abuelas. También habría que considerar —en estos tiempos que nos han tocado— que cuando logramos entender lo que pasa, ya está empezando a pasar algo diferente. Pero es cierto, al menos, que en la medida en que haya menos hijas resentidas, habrá menos madres resentidas; y así sucesivamente. J